Roma, 30 de marzo 1959

Nuestra responsabilidad es grande

No hay duda de que nuestra responsabilidad es grande, porque nosotros, los cristianos, hemos de ser testigos de Cristo y, según sea nuestro comportamiento, los demás podrán intuir cuál es el mensaje que Jesús trajo a la tierra.

Pero sucede que a veces el testimonio que nosotros damos de Cristo es pequeño o nulo o, de cualquier manera, deforme.

Caracteres diversos y mentes reacias a la acción de la gracia dan una idea de Jesús a imagen y semejanza de ellos, y por eso el mundo, que ve y observa, deduce cuanto puede deducir de los datos que posee: que la religión, por ejemplo, dobla la cerviz de las personas, pero no la voluntad en su raíz más profunda, porque ese cristiano, que se dice discípulo de Cristo, al ser él quien todavía vive en sí mismo y no Cristo en él, proyecta una sombra que oscurece, en su persona, la religión que profesa. Por consiguiente, continúa y se perpetúa trágicamente la separación de muchos que se alejaron de aquellos que, reviviendo el Amor que es Dios, deberían atraer el mundo y llevarlo al Señor.

En fin, una religión que no gusta porque ha sido alterada, mientras que, incluso en las personas más agnósticas, permanece el encanto o al menos el respeto –tal vez no expresado-, por el misionero que se aventura en mares perdidos dejándolo todo por Dios, o por el mártir que entrega su vida en la sangre.

Y esto, todo esto, porque el cristianismo o es auténtico y totalitario, o deja mucho que desear.

Esto es aplicable a muchos casos que se advierten a primera vista; pero si nos situamos en un plano superior y más sutil, no es raro que al acercarnos a quienes se han entregado con verdadero entusiasmo a Dios, nos encontremos a menudo con errores –tal vez de orden práctico- que desagradan y ensombrecen la belleza de nuestra fe.

A veces el viaje sobre nuestro planeta es tan duro, y este "valle" está tan lleno de lágrimas, que el hombre, al ver que sólo encuentra consuelo en la cruz, se aferra a ella, la convierte en su bandera, e incluso la presenta a los demás, les lleva a amarla, pero… se queda allí. Y se queda allí porque, aunque ame con todo su corazón e incluso con hechos, no cree suficientemente en el amor de Dios por él y por todos.

El misterio pascual nos atestigua que Jesús es vida que vence la muerte, es luz que rompe las tinieblas y plenitud que anula el vacío.

En último término esto es el cristianismo, en el que la cruz es esencial, pero como un medio, y la lágrima es anuncio de consuelo, y la pobreza lo es de posesión del Reino; donde la pureza descorre el telón del Cielo, y la persecución y la mansedumbre anuncian de antemano la conquista de la Eternidad y garantizan el avance de la Iglesia en el mundo.

En los quince misterios que forman el rosario completo como piedras preciosas, la Iglesia pone cinco gozosos, cinco dolorosos y cinco gloriosos, lo que da a entender que el cristiano debe esperar siempre y debe cantar, como hacían los primeros cristianos, incluso en los umbrales del martirio, porque es patrimonio nuestro la plenitud del gozo que Jesús prometió e invocó para los que habrían de seguirle.

Ayudémonos a ser –dentro de nuestra pequeñez- testigos completos de ese Jesús que ha atraído nuestro corazón, dentro de esa Iglesia a cuya belleza también nosotros podemos contribuir, para que el peregrino del mundo, al verla, pueda reconocerla.

Chiara Lubich

Publicado en *Città Nuova* n. 6, 30 de marzo 1959, a p.2. También se ha publicado en *Meditaciones* (1959) y *en Escritos Espirituales*/1, (pp. 98-100)